

John H. Elliott, in memoriam

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

14 de marzo de 2022

Muchas gracias, director, por invitarme a recordar aquí a John Elliott, que murió el pasado jueves 10 de marzo en Oxford. El gran historiador, que ayudó a los españoles a entender mejor nuestra propia historia, es para esta Academia especialmente relevante porque su libro con Jonathan Brown —académico correspondiente de esta casa desde 1989— sobre el Palacio del Buen Retiro, publicado en 1980, está en el origen de la reconstrucción del Salón de Reinos, la ampliación del Museo del Prado actualmente en curso. Brown falleció el 17 de enero, y cuando le transmití a Elliott mi pesar por la desaparición de su amigo, John mencionó su tristeza porque Jonathan no pudiera ver culminado el proyecto que habían promovido ilusionadamente durante más de cuarenta años —«que la restauración del Salón de Reinos sea su eterno monumento», escribía—y que ahora él tampoco verá inaugurar.

Conocí a Elliott a través de Hernán Cortés, que había pintado su retrato en 2001, y tuve la fortuna de tratarle durante la última década de su vida, porque las reuniones del Patronato del Museo del Prado le traían con regularidad a Madrid. Como muchos, lo asociaba sobre todo a la gran biografía del Conde-duque de Olivares —cuyo origen situaba por cierto en su fascinación con el retrato ecuestre de Velázquez que descubrió en una visita al Prado en 1950—, al pequeño volumen sobre la España imperial y a los dos estupendos libros con Brown, pero debo confesar que no leí su magistral tesis doctoral sobre la revuelta de los catalanes en el aciago año 1640 hasta que los acontecimientos recientes en España nos obligaron a intentar desentrañar esa historia común.

Ejemplo de rigor, de ecuanimidad y de excelente prosa en todas sus obras, Elliott renovó la historiografía asumiendo las lecciones de la Escuela de los Annales, pero sin que la atención a la geografía, la economía o la demografía oscureciese el papel de los individuos, en sintonía con su talante liberal. Y en su empeño por prestar atención a todas las voces y dotar al relato de perspectivas diversas, se hizo maestro en la historia comparada, desde su volumen sobre

Richelieu y Olivares o el monumental sobre Gran Bretaña y España como imperios del mundo atlántico, y hasta su libro último, donde examinaba la «unión y discordia» que habían marcado el trayecto histórico de catalanes y escoceses, cerrando así el círculo que había iniciado con su tesis doctoral medio siglo antes. En abril de 2018, poco antes de publicarse ese volumen postrero, tuve la oportunidad de dialogar con él en la Fundación March sobre su biografía intelectual, y esa grabación es un testimonio de su fértil trayectoria, pero también una lección magistral sobre nuestra historia y sobre la huella cultural y artística de España.

En febrero de 2021 publicó un extenso artículo en *El País* donde se manifestaba en contra de la independencia escocesa, y conjeturaba que tanto allí como en Cataluña acabaría hallándose un encaje constitucional que atendiera los legítimos deseos de autogobierno, acaso en sintonía con las ‘monarquías compuestas’ que había teorizado en sus libros; comentando el artículo, aseguraba confiar en su capacidad para contribuir al debate español, aunque sus dificultades para viajar le hacían reconocer que «hay poca o ninguna posibilidad de regresar a Madrid en el futuro». Pero seguía leyendo y escribiendo, y en el que sería su último texto, aparecido en diciembre del año pasado en la *New York Review of Books*, daba muestras renovadas de su interés por la América hispana reseñando varios libros sobre la historia de México donde censuraba «el victimismo de los filo-aztecas» mientras decía sobrevivir al virus en Oxford «a pesar de las más mínimas precauciones por parte de demasiada gente irresponsable, tus compatriotas parecen ser más sensatos que los míos».

Tres meses después nos ha llegado la noticia devastadora de su muerte, y sólo se me ocurre terminar imaginando que cuando dentro de unos años se inaugure el Salón de Reinos, su espíritu se hará presente en los lienzos de batallas, los retratos ecuestres y los trabajos de Hércules que se muestren en los muros de un renacido Palacio del Buen Retiro, ‘eterno monumento’ para los dos historiadores que soñaron con él.

*Luis Fernández-Galiano*